

ESTADO Y PROYECCION DE LA GESTIÓN CULTURAL EN CHILE

Desde finales de los '90 y hasta el día de hoy, el tema de la gestión cultural ha venido adquiriendo una presencia y una importancia cada vez mayor en los debates acerca de la cultura y en la implementación de políticas de estado en ese ámbito. Esta tendencia no es privativa de nuestro país, sino que ha prendido y se ha expandido de manera explosiva en todo el mundo y con ello también ha puesto en evidencia la debilidad de algunas de sus definiciones y sobre todo su carácter funcional a la economía de mercado, a la hora de su aplicación en el ámbito de las políticas públicas.

En efecto, sigue pendiente, y pienso que lo seguirá estado por mucho tiempo, a que concepto de cultura nos referimos y que entendemos por gestión cuando se trata de algo tan escurridizo como las concretas expresiones del quehacer cultural, que pueblan nuestra cotidianeidad y que la mayoría de las veces ni siquiera son percibidas por la sociedad en su conjunto. Me temo que en el caso de Chile, por ejemplo, seguimos sumergidos en un mundo manejado por la competitividad, hija del mercado, que, basada en la teoría y práctica de la obtención rápida de resultados exitosos, no está alerta ni atiende a los procesos culturales emergentes, que "sin querer queriendo", van desplazando y reemplazando paulatinamente, hasta volverlas obsoletas, algunas concepciones, definiciones y sentidos respecto a la cultura.

Esos mismos que, sin embargo, se siguen aplicando no sólo en la cotidianeidad de conversaciones intelectuales de café, sino incluso en algunos claustros universitarios, y que en la práctica perpetúan el concepto elitista de "alta cultura", en una estrategia cuyo objetivo último parece ser el logro de una identidad cultural "de excelencia", definida y muy propia, que nos abra las puertas al pleno desarrollo como país. Todo ello sucede al mismo tiempo en que, en una dicotomía más aparente que real, los ámbitos académicos y políticos trabajan sobre un concepto más antropológico de cultura, que rebasa con creces el ámbito de las bellas artes y asume como fundamentales los modos de vida y las visiones de mundo tanto personales como colectivas.

El verdadero problema es que esa identidad cultural tan esquiva, que a veces andamos buscando con un apuro casi compulsivo, no es un producto más del mercado, salido de una cadena de producción y montaje, que se entrega a domicilio, terminada y bien envuelto, sino que se encuentra y se va construyendo lentamente a través de un largo proceso de maduración en el tiempo, en el que se modifica constantemente a sí misma.

Se construye de manera no lineal, que alternativa y sucesivamente, asume y rechaza, asimila y desecha las propuestas que emanan de manera espontánea tanto de los acontecimientos que los diversos actores sociales van produciendo al interior de la comunidad local, como por factores externos a ella. Es ese el camino que recorre cualquier sociedad en su proceso de consolidación de una auténtica identidad cultural, que sea el resultado de una síntesis armónica entre lo propio y lo ajeno y entre pasado, presente y futuro.

Un "gestor cultural" que se respete, está indisolublemente ligado a ese proceso.

Definitivamente no es un simple administrador de una empresa ya organizada y establecida en todas sus partes, ni menos un “productor” de “eventos culturales” aislados, por muy exitosos que parezcan. Lo definiría más bien como un constructor de redes culturales basadas en la cooperación activa, cuyo trabajo tiene validez y sentido si es capaz de abrir y acompañar un proceso de empoderamiento y desarrollo de las capacidades creativas tanto personales como grupales de los miembros de la comunidad social en la que realiza su labor.

Es evidente que se trata de un trabajo complejo que exige a aquellos y aquellas que quieren emprender seriamente ese camino, una preparación adecuada, gran capacidad creativa y sobre todo una vocación de servicio muy marcada, que parece no abundar hoy en el mundo del “mercado del trabajo”.

El mundo en el que construimos día tras día nuestra cotidianeidad, es un conjunto de diversas culturas y hasta sub-culturas de carácter efímero, cuyas formas de expresión conviven y se interrelacionan constantemente y a veces a pesar nuestro, en los actos que realizamos y en las decisiones que tomamos.

Este hecho no puede ignorarse al momento de planificar cualquier proyecto de carácter cultural que se quiera realizar con comunidades locales organizadas, ya que impide y hasta rechaza cualquier estructura rígida, estructurada en todas sus partes y sus etapas y por el contrario, acoge y coopera creativamente con aquellas iniciativas flexibles, capaces de adaptarse rápida y eficazmente a los cambios bruscos y a los vaivenes que aparecen inevitablemente a lo largo del proceso de su concreción.

Todo lo anteriormente expuesto, sirva de base para afirmar que hoy la gestión cultural vive un momento crucial, que demanda decisiones en varios niveles de poder, tanto en el ámbito público, como en la sociedad civil que incidirán directamente en las proyecciones y la influencia que este nuevo rol tenga en el proceso cultural de nuestro país.

Hace ya un tiempo que se ha venido produciendo un afán desmedido en tratar de dotar rápidamente de una base teórica y conceptual a este rol social con la intención, loable por cierto, de darle un status acorde a su importancia, pero que en la práctica ha resultado extemporánea, ya que ha derivado hacia un cierto estancamiento en lo que se refiere a propuestas innovadoras y, por qué no, más atrevidas de aplicación.

Mi opinión en ese aspecto es que la propia gestión cultural con su accionar en la sociedad, con sus infaltables éxitos y fracasos, irá otorgando unos datos más confiables y valederos, sobre los cuales estructurar una sólida teoría y, sobre todo, una práctica más flexible, eficaz y acorde con los cambios que inevitablemente se producirán en el mediano y largo plazo en la cultura local y global.

ACERCA DE UN LIBRO-INSTRUMENTO

La empresa en la cual se han comprometido Gloria y Brenda no es en absoluto una carga liviana. Cuando alguien se atreve a tratar temas que, de tanto estar en la boca de la gente, se han vuelto hasta triviales, sabe que se le presentan complejos desafíos que debe enfrentar con decisión y sobre todo con un punto de vista claro que permita acotar con precisión el universo al cual quiere dirigir el fruto de su investigación y de sus reflexiones.

¿Por qué, en esta ocasión hablo de un “libro - instrumento”?

Por la sencilla razón de que, el mundo de la cultura necesita hoy como nunca instrumentos idóneos que ayuden a adentrarse en el complejo laberinto de la reflexión y acción en su ámbito, con el máximo posible de parámetros objetivos que permitan organizar las diferentes etapas de la concreción de los proyectos y prever las dificultades o los imprevistos que, inevitablemente, jalonan el camino de la acción cultural no sólo en nuestro país, sino en cualquier parte del mundo.

Conviene sí destacar que, durante larguísimos períodos del quehacer cultural de la especie humana, los creadores asumieron en su acción los más diversos roles y cuidaron paso a paso todas las etapas que llevaron a la concreción de sus obras y que esto de la “gestión cultural” es un fenómeno surgido muy recientemente debido a la extraordinaria complejización y organización del trabajo en todos los campos, que incluye por supuesto el de la cultura.

Pareciera ser que es por ello que, hoy por hoy, esta especialización se refiere casi exclusivamente al ámbito de la creación artística y se concentra en él con especial énfasis. Por otro lado, hay que reconocer que, dado el carácter dialogante del arte con la comunidad, la explosiva importancia de los medios de comunicación obliga a los creadores a sostener una estrecha y específica interrelación con ellos con la consiguiente carga adicional en su trabajo específico, para mantener y si es posible aumentar la necesaria caja de resonancia de sus obras en la sociedad

Como artista, me interesa aclarar que siempre he considerado como parte muy importante de mi actividad el ser capaz de organizar mi trabajo tomando en cuenta no solamente los factores que están presentes en el quehacer específico, sea en pintura, teatro o cine, sino que el prever también los posibles obstáculos o los imprevistos que siempre se manifiestan en cualquier empresa. Estoy seguro de que muchos colegas que han llegado a realizaciones de excelencia en su campo, han seguido la misma línea de acción

Ahora bien, esto no significa en absoluto desconocer ni menos cuestionar la importancia de la especialización en el campo de la producción cultural, sino que apuntar a la conveniencia y necesidad de una interacción constante muy fluida y armónica entre el creador y el gestor para lograr los mejores resultados.

Volviendo a esta **“Introducción a la gestión cultural”** agregaré que no solamente se trata de un libro excepcionalmente pedagógico y ordenado, sino que también de un texto muy abierto, que cuestiona y convida a encontrar caminos personales de reflexión y acción. Ya en la corta e enjundiosa introducción, encuentro un párrafo clave que confirma esta apreciación. En él dicen las autoras: **“... Desde ya nos alegra defraudar a quienes busquen conceptos inamoviblemente sacrosantos, teorías irrefutables, respuestas inapelables. No puede estar esto más lejos de nuestra intención...”**

Es, tal vez, el pensamiento que define, por contraste, la actitud que Gloria y Brenda proponen al lector para recorrer con éxito las diferentes etapas de este verdadero “manual”, que contiene la inmensa mayoría de los datos que un gestor cultural debería no sólo conocer, sino saber manejar en diferentes circunstancias de su trabajo. En efecto, la realidad cotidiana nos sorprende a la vuelta de cada esquina y exige de nosotros una constante y creativa adecuación, libre de prejuicios y de dogmas establecidos para poder dar respuestas idóneas a los problemas que nos plantea la construcción de una convivencia más humana.

En definitiva, como cualquier “instrumento”, su eficacia y su valor positivo o negativo dependerá de quién lo use y para qué. No se trata de un texto que busca su sacralización, sino que de un “servicio” a la comunidad, que estas dos valientes autoras, Gloria Valdés y Brenda Sandoval, ponen a disposición de todos nosotros para bien de la cultura de Chile.

Claudio di Girólamo

Septiembre de 2001

A PROPOSITO DE LA GESTION CULTURAL

El mundo de la cultura necesita hoy como nunca instrumentos idóneos que ayuden a adentrarse en el complejo laberinto de la reflexión y acción en su ámbito, con el máximo posible de parámetros objetivos que permitan organizar las diferentes etapas de la concreción de los proyectos y prever las dificultades o los imprevistos que, inevitablemente, jalonan el camino de la acción cultural no sólo en nuestro país, sino en cualquier parte del mundo.

Conviene sí destacar que, durante larguísimos períodos del quehacer cultural de la especie humana, los creadores asumieron en su acción los más diversos roles y cuidaron paso a paso todas las etapas que llevaron a la concreción de sus obras y que esto de la “gestión cultural” es un fenómeno surgido muy recientemente debido a **la extraordinaria complejización y organización del trabajo en todos los campos, que incluye por supuesto el de la cultura.**

En efecto, la realidad cotidiana nos sorprende a la vuelta de cada esquina y exige de nosotros una constante y creativa adecuación, libre de prejuicios y de dogmas

establecidos para poder dar respuestas idóneas a los problemas que nos plantea la construcción de una convivencia más humana.

Pareciera ser que es por ello que, hoy por hoy, esta especialización se refiere casi exclusivamente al ámbito de la creación artística y se concentra en él con especial énfasis.

Por otro lado, hay que reconocer que, dado el carácter dialogante del arte con la comunidad, la explosiva importancia de los medios de comunicación obliga a los creadores a sostener una estrecha y específica interrelación con ellos con la consiguiente carga adicional en su trabajo específico, para mantener y si es posible aumentar la necesaria caja de resonancia de sus obras en la sociedad

Como artista, me interesa aclarar que siempre he considerado como parte muy importante de mi actividad el ser capaz de organizar mi trabajo tomando en cuenta no solamente los factores que están presentes en el quehacer específico, sea en pintura, teatro o cine, sino que el prever también los posibles obstáculos o los imprevistos que siempre se manifiestan en cualquier empresa.

Estoy seguro de que muchos colegas que han llegado a realizaciones de excelencia en su campo, han seguido la misma línea de acción

Ahora bien, esto no significa en absoluto desconocer ni menos cuestionar la importancia de la especialización en el campo de la producción cultural, sino que apuntar a la conveniencia y necesidad de una interacción constante muy fluida y armónica entre el creador y el gestor para lograr los mejores resultados.